



SIEMPRE NOS QUEDARÁ CASABLANCA

Por Juan Ramón Roca

Durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial la ciudad de Casablanca, pese a encontrarse bajo el control de Vichy –colaboracionista con los nazis–, fue un puerto de esperanza hacia la libertad para miles de refugiados europeos que huían del fascismo y también para muchos exiliados republicanos españoles tras la Guerra Civil. Tánger había sido ocupada por las tropas franquistas por lo que la ciudad internacional dejó de ser un lugar seguro y de tránsito hacia las Américas, cediéndole el protagonismo a Casablanca.

La película del mismo nombre, dirigida en 1942 por Michael Curtiz e interpretada por Humphrey Bogart e Ingrid Bergman en sus papeles estelares, refleja muy bien el contexto histórico del momento y el papel que jugó la ciudad como lugar de paso de refugiados de toda índole que vivían una situación de incertidumbre y peligro constante, en un ambiente de tensión –y de corrupción– con la esperanza de conseguir un visado y poder escapar. De todo el reparto del filme, lo que más me interesa ahora es la figura de Víctor Laszlo (Paul Henreid) porque me recuerda una historia familiar. Este personaje que encarna al ideal antifascista, líder de la resistencia contra el nazismo y perseguido por la Gestapo, representa el compromiso político de la lucha por la libertad y la dignidad frente a la opresión.

En muchas familias españolas algunos de sus miembros tuvieron que tomar el camino del exilio para salvarse de las hordas franquistas, y unos cuantos miles pasaron por Casablanca. Mi tío Félix, hermano de mi abuela, fue uno de ellos. Es el Víctor Laszlo de la familia. Finalizando la guerra, con Francia e Inglaterra reconociendo al gobierno de Franco, tuvo que dejar su puesto de cónsul de España en Fez y trasladarse a Casablanca, donde vendió sus pertenencias para poder subsistir. Su historia es –como la de otros muchos– parte de la Historia de España, la de la Segunda República, donde convivió con algunos de sus grandes protagonistas.



En mi casa nunca se mencionaba a los hermanos de mi abuela y mucho menos se hablaba del papel que jugaron durante la República, la Guerra Civil y más allá. Era tabú. El padre de mi abuela, sobrino carnal de Práxedes Mateo Sagasta, era coronel de artillería, monárquico, diputado a Cortes por el Partido Liberal, senador vitalicio y Gentilhombre de Cámara de su Majestad. Aún así, ya octogenario, recién iniciada la sublevación Franco no tuvo reparos en meterlo en la cárcel por ser el padre de los dos hermanos y coaccionarles para que se entregaran. Estuvo prisionero toda la guerra.

Supe de la vida del tío Félix por su correspondencia y por una entrevista que le hicieron en México, donde finalmente pudo refugiarse. Víctima del éxodo y del viento pasó allí el resto de su vida, donde está enterrado. Había nacido en Madrid y cursado sus estudios básicos entre España, Francia e Inglaterra. De formación ideológica, será en Francia con el profesor y escritor Serge Barranx (seudónimo de François Vignau) donde adquiere una conciencia social y progresista que lo llevará más tarde a militar en el Partido Socialista Obrero Español. A lo largo de su vida política, alternó la carrera de abogado del Estado con otros cargos de carácter institucional. En 1931, una vez proclamada la Segunda República quiso Miguel Maura, ministro de la Gobernación, que ocupara el puesto de gobernador civil de Guipúzcoa. A Maura lo conocía a través de su hermano Ángel, porque habían compartido cárcel junto a Manuel Azaña, Álvaro de Albornoz, Casares Quiroga, Fernando de los Ríos... Un año después es nombrado comisario de la Junta de Obras del Puerto de Vigo por interés expreso de Indalecio Prieto, entonces ministro de Obras Públicas. Félix estuvo allí hasta 1933, cuando cayó el gobierno de Manuel Azaña, sustituido por el de Alejandro Lerroux.

En agosto de 1936, recién iniciada la guerra fue trasladado al Ministerio de la Gobernación en su puesto de abogado del Estado, siendo subsecretario Wenceslao Carrillo: «Allí conocí yo a Santiago Carrillo, que formaba parte de las Juventudes y que poco tiempo después, siendo él de las Juventudes Socialistas, se afilió al Partido Comunista en Valencia». De aquella etapa recuerda los terribles bombardeos sobre Madrid: «Bueno, habíamos presenciado muchos bombardeos ya, constantemente estaban los aparatos alemanes e italianos bombardeando Madrid. Nosotros apenas teníamos aviación. Y la cantidad de muertos y heridos era terrible. La noche del 5 de noviembre las fuerzas franquistas consideraban que iban a tomar Madrid, habían tomado ya Carabanchel Alto, Carabanchel Bajo, no sé si Getafe, todos los lugares aledaños a Madrid. Y recuerdo que al llegar el día 6 de noviembre salió el gobierno de Madrid».



Persona de confianza de Azaña, presidente de la República (1936-1939), en febrero de 1937 es nombrado secretario de embajada de la legación de España en Tánger. Álvarez del Vayo, ministro de Exteriores, no se fiaba de un cuerpo diplomático que en ocasiones había mostrado deslealtad hacia la República: «Había siempre sospechas en la confianza de los diplomáticos, porque hubo muchísimas decepciones, y querían que yo fuera. Era una ciudad internacional, peligrosa y con bastantes problemas políticos internacionales, pero no pudieron nombrarme ministro porque la embajada en París consideró que no era conveniente, como ciudad internacional, un cambio en el delegado (cónsul) de España en Tánger. Entonces, que continuara el que era, pero yo iba con plenos poderes por parte del jefe de Gobierno, don Francisco Largo Caballero. Llevaba el nombramiento y una carta de él y de Llopis, que era subsecretario de la Presidencia del Consejo, dirigida a Prieto del Río que era el delegado. Había que cuidar muchas cosas porque inclusive los italianos estaban ya interviniendo en plan de espionaje utilizando incluso elementos moros, y había que estar muy en contacto con Francia para que los servicios nuestros del Consulado español y de la gente nuestra que era en toda África del Norte muy entusiasta de la República, lo mismo en Tánger que en Fez, que en todas partes. En Tánger el problema era muy grave, porque la gente modesta era republicana, pero había mucho elemento fascista. Pero además (estaba) el problema del Comité de Control».

El Comité de Control era el órgano de Gobierno de la ciudad internacional y lo formaban los cónsules de las potencias extranjeras: «En aquel Comité de Control los más fascistas, por su manera de pensar, era el de Inglaterra y el de Bélgica. Eran más fascistas que el de Italia, y entonces qué, qué podíamos esperar de la No Intervención. El único que estaba a nuestro lado era el de Francia, pero los demás eran enemigos, no obstante de ser de países democráticos. Estaban enfrente, su manera de pensar era contraria a la República Española».

Con arreglo al estatuto de Tánger las dos únicas escuadras que podían permanecer en la bahía de Tánger eran la francesa y la española, las de los demás países no podían hacerlo más de veinticuatro horas: «En la escuadra española –yo no estaba, fue en el mes de agosto del 36–, que se declaró republicana, estaba desde el acorazado Jaime I al Miguel de Cervantes y demás cruceros importantes, mandada por cabos y sargentos. Habían reducido a los oficiales que querían sublevarse contra la República; habían herido a algunos oficiales, los muertos los habían lanzado al mar por órdenes de Giral, que así lo telegrafió desde Madrid. Los oficiales heridos fueron entregados al Hospital Español donde estaba de director, un director que



después vino y murió en México, el doctor (Sanz) Astolfi, gran persona. Por él supe todo esto. La población de Tánger, mayoritariamente española y republicana, gente humilde y modesta, hicieron una recaudación para proporcionar combustible a la escuadra, pero las presiones extranjeras fueron tan terribles que para evitar una guerra mundial, porque amenazaban con una guerra mundial, pues el gobierno Giral dio la orden de que la escuadra española abandonara la bahía de Tánger. Eso fue en agosto del 36».

En Tánger estuvo desde febrero del 37 hasta julio del 38. Sus discrepancias con Prieto del Río le llevaron a dimitir, no sin antes enviar un informe al SIDE –Servicio de Información y Defensa del Estado– acusándole de vacilaciones y miedos en los primeros momentos de la sublevación que afectaron al aprovisionamiento de la escuadra republicana, de haber sido tolerante con funcionarios de la Administración internacional gravitados hacia el franquismo, así como de pasividad ante manejos de los fascistas, culpándolo de la salida de los barcos republicanos del puerto de Tánger y de que Franco hubiera podido llevar a cabo el paso del "Convoy de la Victoria" con decenas de miles de rifeños tan necesarios para su campaña. Pero Álvarez del Vayo enseguida lo nombró cónsul de España en Fez: «No, de ninguna manera, yo lo necesito a usted en África», puesto que desempeñó hasta casi finalizar la guerra: «En febrero (del 39) Inglaterra y Francia reconocieron al gobierno de Franco, y como era protectorado francés ya ellos podían nombrar representante. Y yo me fui de refugiado político a Casablanca. Allí vendí lo poco que tenía, un automóvil que no valía mucho, una máquina de escribir, algunas cosas, y recibía de mi padre y de mis familiares de España una pequeña ayuda». Allí viviría, siempre acompañado de su mujer y su hijo, más de 2 años.

Estando en Casablanca, junto con otros compatriotas, entre ellos Joan Lluhí, cofundador de Esquerra Republicana de Catalunya y ministro de Trabajo al inicio de la guerra, intentó conseguir visado de los Estados Unidos para embarcar en uno de los pocos buques que atracaría y zarparía hacia la Martinica, pero el representante de Roosevelt en Casablanca, que supuestamente operaba con el seudónimo de Mr Gold, se lo denegó: «Todos pueden salir, menos usted –me respondió–. Y es que el gobierno de Franco había pedido mi extradición a la representación francesa, que era la que manejaba Casablanca. Entonces no me dejaron salir, corría el peligro de que me entregaran en la frontera del protectorado francés con el español; ahí me fusilarían seguramente. Pero afortunadamente era entonces el representante de Francia allí, el general Noguès».



En 1941, Charles Noguès era la figura central del poder francés en Marruecos, desempeñando el cargo de Residente General (gobernador colonial) y Comandante en Jefe de las tropas en el Norte de África. Bajo su mando directo operaba la estructura de inteligencia en Casablanca: «Yo fui a ver al Jefe del Deuxième Bureau, que es como el Servicio de Inteligencia francesa, y le dije: "Hombre, me piden la extradición, usted sabe que incluso les he prestado servicios contra elementos fascistas italianos, aquí (se refiere a Tánger), que estaban haciendo labor contra Francia. ¿No podría usted darme una tarjeta para presentarme yo en Rabat?" Y me dijo: "Yo no le puedo dar ninguna tarjeta". Claro, pues me vino el orgullo español y le dije: "Bueno, pues muchas gracias, muy amable Coronel...", (y) dice: "No le puedo dar nada pero preséntese en Rabat". Y efectivamente, me presenté en Rabat y me atendieron muchísimo».

Francia, a pesar de encontrarse bajo el gobierno de Vichy, no tenía intención de entregarlo, pero tampoco podían darle el visado por temor a un conflicto diplomático con Madrid. Sin embargo, «se interesó tanto el general Noguès que publicó un dair, que es una ley del Sultán, aplicando a Marruecos el tratado de extradición francesa de 1927. Y ese fue el que me salvó a mí de que no me entreguen. O sea, que tengo que agradecerle eso a los franceses, sí».

La víspera de que Félix y su familia salieran para México, «la noche anterior durmió en mi casa don Niceto Alcalá-Zamora, que fue el primer presidente de la República, al que conocía. Yo había ido la víspera a despedirme del ministro de Estado francés (se refiere al Jefe del Deuxième Bureau): "Bueno, y si no se hubiera publicado el dair, ¿qué hubiera ocurrido?" Y dice: "A usted nunca le hubiéramos entregado, tenía órdenes del general Noguès de que saliera usted en un submarino francés". Francia había pedido el armisticio, hay que tener en cuenta eso. Y estaban las comisiones de armisticio alemanas e italianas en Casablanca. Pero tuvieron ese gran comportamiento: "Y mañana sale usted en el Quanza para México. Voy a dar la orden de salida". Y efectivamente nos hicimos una fotografía en que está el ministro de Estado de la Residencia francesa, don Niceto Alcalá-Zamora y yo a bordo del Quanza, ya para emprender el viaje para México».

El viaje corrió por cuenta del JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles). En el Quanza portugués la mitad del pasaje eran judíos que huían de los nazis y la otra mitad refugiados españoles: «mi equipaje consistía exclusivamente en alguna ropa de uso personal y algunos libros. A los que habíamos residido allí, en Casablanca, los franceses nos dieron



algunos centenares de francos, que seguramente no llegarían ni a quinientos francos franceses. El alojamiento se hizo de la siguiente manera: los hombres en tercera clase, las mujeres y niños en primera o segunda hasta donde alcanzaba... pero sin discriminación de categorías sociales. A don Niceto Alcalá-Zamora el comandante del barco le ofreció un camarote, digamos de lujo ¿verdad?, de primera clase, especial para él, y él no lo aceptó. Dijo que traía un billete de tercera y que él llegaría a Buenos Aires en tercera. El estado de ánimo era de gran alegría, porque nos salvábamos de situaciones muy comprometidas, en algunos casos que ponían en peligro hasta la vida. Y, por otro lado, pues mostrábamos nuestro agradecimiento y elogio a los gobiernos mexicanos. En primer término al general Cárdenas que había sido el promotor de la admisión de los refugiados políticos españoles; del actual, del entonces presidente don Manuel Ávila Camacho, y, naturalmente, pues hacía el pueblo mexicano».

Félix, con su mujer y su hijo de 8 años llegarían a Veracruz el 19 de noviembre de 1941. En los primeros tiempos pensó que el exilio sería temporal: «Absolutamente. A tal grado que en la casa en que yo viví en México desde mi llegada, tardé bastantes meses en abrir totalmente el equipaje de libros y de pequeña ropa que yo traía; no usaba más que lo indispensable. Y las maletas estaban en el pasillo creyendo que era cuestión de meses. Y así lo creíamos muchos».

Terminada la Segunda Guerra Mundial «nosotros creíamos que al vencer los aliados iba a desaparecer el gobierno de Franco, pues vimos aquellas declaraciones de Churchill. Recuerdo concretamente que hacía un elogio de la ayuda que Franco había prestado con su neutralidad... Y entonces llegamos a la conclusión de que por ese lado se consolidaba el gobierno franquista y por tanto, nuestra situación de emigrados, un enojo grande contra esos países democráticos que una vez más nos defraudaban. Ya nos habían defraudado en la guerra civil española y nos volvían a defraudar después de terminada la guerra».

¿Qué significaba ser refugiado? «Para mí era una cosa nueva. Es difícil definirlo porque francamente nunca pensé yo en que podía ser refugiado. Yo creía que mi vida se iba a desenvolver plenamente en España. Pero considero que, personalmente, yo como todos los demás que vinieron, tuvieron la enorme suerte de poder ser refugiados. Porque la cosa estaba entre ser refugiado o estar en una cárcel o haber sido fusilado en España».



El éxodo y el viento lo llevó a un exilio del que no quiso regresar, salvo una breve estancia de dos meses en el año 77: «Yo tengo, a partir de la muerte de Franco, todas la posibilidades de regresar a España. Pero, naturalmente, pues son 40 años vividos en México, he creado una familia, una segunda familia, que es lo único que tengo y, por tanto, es muy difícil el poder tomar una determinación a mis años de abandonar México y regresar a España definitivamente».

Además del Quanza, donde embarcaron más de medio millar de refugiados españoles, también zarparon desde Casablanca hacia las Américas otros buques como el Nyassa, el Guinea, el Serpa Pinto y embarcaciones de menor calado, en total seis expediciones marítimas entre 1940 y 1942 con varios miles de exiliados republicanos entre su pasaje.

En su recuerdo siempre les quedará Casablanca.